

NOTAS Y COMENTARIOS

HOMENAJE AL Dr. AMBROSETTI.—Con asistencia del señor Rector de la Universidad, de la mayoría de los profesores y de numeroso público, fué inaugurada el 28 de mayo último la nueva sala del Museo Etnográfico de esta Facultad, con motivo de la entrega de un busto del malogrado doctor Ambrosetti, costeadó por una suscripción levantada entre los profesores y alumnos de la casa.

El señor Decano abrió el acto con las siguientes palabras:

Cumplimos un acto de justicia. El doctor Juan B. Ambrosetti tenía un nombre entre los arqueólogos nacionales y extranjeros, antes de venir a esta casa. Sus estudios y sus exploraciones le habían dado notoriedad. Precisamente su reputación y su competencia determinaron su nombramiento.

Cuando la Facultad fundó el Museo Etnográfico, como elemento de estudio, reunió las primeras piezas que debían formar parte de sus colecciones futuras y acordó enviar expediciones arqueológicas a distintos parajes de la República, para recoger los objetos existentes en ellos, llamó al doctor Ambrosetti, le confió la dirección de aquél y lo puso al frente de éstas. Era el hombre para el cargo. La organización y los rápidos progresos del Museo revelan el acierto de la designación.

Desde entonces la vida de Ambrosetti se confunde casi con la del Museo mismo. En éste trabajó constantemente; y, con los elementos acumulados en él, confirmó o rectificó algunas de sus vistas sobre el pasado remoto de estas comarcas. Su prestigio creció con la institución y se extendió dentro y fuera del país.

El doctor Ambrosetti era un hombre bondadoso, sano, fuerte e infatigable en el trabajo. Tenía el amor de su asunto, de sus cacharros, de sus exploraciones y se daba a ellos íntegramente, con juvenil entusiasmo. Su obra constituye una importante contribución al estudio de los orígenes, de la vida precolombiana, en la Argentina y aun en la América. La Facultad conoce esa obra y sabe lo que ha perdido con la desaparición de aquél trabajador incansable, en los días de su mayor esfuerzo, en la plenitud de la energía y de la salud mental. No lo olvidará ciertamente.

He ahí por qué le tributa este homenaje y consagra desde ahora esta sala a perpetuar su memoria. Aquí, en el centro de sus tareas, donde investigó y enseñó, su nombre vivirá siempre rodeado por el respeto de alumnos, profesores, consejeros y académicos. Será esta la recompensa que su espíritu sencillo habría preferido, si le hubiera sido dado elegir.

Su sucesor, el doctor Debenedetti, nos contará su labor, nos hará su elogio y nos dirá, sin duda, que el Museo Etnográfico, al que dedicó la mejor parte de su tiempo, ocupa un rango de primer orden y es, en su género, uno de los más notables de América.

Habló luego el doctor Debenedetti en los siguientes términos:

Señor rector;

Señor decano;

Señores profesores;

Señores:

Esta casa, que hace hoy, precisamente, un año pendió a uno de sus varones fuertes, a uno de sus buenos como decididos y constantes colaboradores en su no interrumpida obra, ha querido rendir el homenaje de justicia póstuma a que se hacen humanamente acreedores aquellos que orientan su vida hacia las playas de un ideal concreto. A esta falange perteneció el doctor Juan B. Ambrosetti, incorporado a la facultad, desde 1906, como director del entonces naciente Museo Etnográfico.

No era un extraño en nuestro mundo científico: su justo renombre lo había conquistado a expensas de su propia inteligencia y de la fe puesta en sus iniciativas. En largas expediciones, en continuados viajes, había ido acumulando con la seguridad que da la observación exacta, ese caudal de conocimientos precisos que constituyó su tesoro científico, jamás puesto en duda. Fué Ambrosetti un investigador serio y honrado, y abrió con el ejemplo el rumbo de nuevas disciplinas arqueológicas que, si en verdad han de dilatar el límite de las conclusiones que esperamos, ellas tendrán, en definitiva, el sello de firmeza que la ciencia exige.

Cierto es que el período analítico de nuestra arqueología muy lejos está de su término; pero, cierto es también, que ya la hipótesis ha invadido su campo y se empiezan a entrever, entre la niebla de lejanos horizontes, algunas luces que, al agrandarse y moverse, nos van indicando las nuevas tierras que nos han de llevar a la verdad. En esta obra reconstructiva de nuestro pasado argentino, Ambrosetti ocupa un puesto prominente por su doble afán desplegado en toda hora: sus investigaciones encierran el doble aspecto a que hoy, indispensablemente, atienden la arqueología y ciencias afines: el conocimiento del objeto y el conocimiento del ambiente. De este dualismo está llena la obra del ilustre muerto, a quien esta Facultad, por una parte, ha querido honrar, dando su nombre a una de las salas del museo y los estudiantes, por otra, al perpetuar su memoria, entregando a los tiempos este bronce, símbolo de fama y de justicia.

Fuera vano insistir sobre los altos méritos de mi predecesor y maestro; hablar de su obra tan vasta como buena, o de sus conocidas virtudes como hombre y como investigador. Todo eso ha sido ya juzgado en oportuna hora. Su vida íntegra fué consagrada al estudio de nuestro pasado; recogió el dato disperso; acumuló el material posible no sin sacrificios y días largos de penurias y escaseces; elaboró ideas propias y más de una de sus concepciones no podrá desdeniarse en el momento de realizar la síntesis a que todos aspiramos; paciencia y tesón fueron sus normas y un sano optimismo, jamás calculado, presidió su obra comunicándole la suave serenidad que en toda ella se destaca. Como el obrero que ha puesto toda su confianza y su fe en su instrumento de trabajo. Ambrosetti, guiado por las mismas virtudes, nunca vaciló y nunca le intimidaron los obstáculos que se interpusieron ante las finalidades que iba sospechando. Hábil como inteligente y experimentado como perspicaz, sabía sacar la inferencia más exacta a base, muchas veces, de un antecedente que para muchos no merecía atención siquiera.

Largamente podría hablar de este hombre y de su ciencia. Fué su compañero aquí, desde el día de su entrada en esta casa y fué también su compañero desde el momento que se iniciaron los primeros viajes de exploraciones, cuyos resultados están a la vista. Durante nuestras jornadas, mortificantes por lo largas y tristes por lo desiertas, durante los vaques de nuestros lejanos campamentos, en noches de frío, en medio de esa natural angustia del que espera un nuevo descubrimiento en la mañana, Ambrosetti, sin perder su calma habitual, disponía nuevos trabajos, repartiendo persuasiones y paternales consejos. En los apartados valles cada año se esperaba su paso en las escasas poblaciones de tránsito; su llegada era ocasión de júbilo, y más de una vez yo vi caravanas de gentes desfilando ante él en busca de un consuelo o de una palabra de aliento; yo vi también más de una lágrima rodar por las tostadas mejillas de nuestros paisanos montañeses: eran lágrimas que el agradecimiento hacía brotar. Los que hemos andado algo y algo hemos visto en nuestra tierra, sabemos de la sencillez dolorosa de las almas nativas, muchas de las cuales no sospechan el horizonte más allá del límite circunscripto por los lomos blancos de las montañas y su contenido psíquico refleja la soledad del cielo, la desteñida coloración de los cerros y la tristeza sin límites del ambiente. Así viajó Ambrosetti: estudiando y observando para beneficio de la ciencia y desparramando bondades para bien de los hombres.

La última fase de su obra y de su vida fué su total consagración a este museo. A él le dedicó toda su energía, se desveló por él, y, con el cariño incomparable que todos le conocíamos, siguió y presidió su desarrollo, momento tras momento. Atrajo las miradas de los hombres hacia la naciente institución y excitando la generosidad de muchos, supo encaminarla hacia el museo, determinando una verdadera corriente de colaboración espontánea que, aumentando sus caudales, lo llevó a ocupar el puesto prominente que ocupa entre las instituciones similares.

Y hoy, después de haber andado algunos años, sumando a diario esa continua tarea, anónima para la generalidad de las gentes, hoy que entregamos al examen del público el trabajo acumulado en breve tiempo nos preguntamos, casi asombrados: ¿Cuándo y cómo nació el Museo Etnográfico-

Era allá por el año 1904. El actual decano, doctor Norberto Piñero, dirigía también entonces los destinos de esta casa. La colmena de estudiantes, más reducida que ahora, dejaba grandes claros en las hoy estrechas aulas y galerías de este recinto. Muchos eran los espacios vacíos y muchas las salas desiertas. Un patio, desconocido por su desfiguración ulterior, era el lugar de las reuniones estudiantiles durante los intervalos libres; allí el comentario alegre, traduciendo un anhelo o esquivando el descubrimiento de una esperanza, llenaba el aire. Y no faltaba tampoco en aquel hermoso marco la nota más delicada: un jazminero cuyos pimpollos, creo, jamás llegaron a abrirse en la planta por la severidad del espionaje diario que ejercía en masa la mermada población estudiantil.

Los sótanos eran «tierra inexplorada». Alguna vez, por ignorados caminos, se llegaba hasta allá. Cenraba la frontera una puerta de hierro infranqueable. Allí se detenían nuestras excursiones, pero, al través de los barrotes, lanzábamos a lo lejos nuestras miradas para escudriñar el fondo y descubríamos, a la luz sepulcral, filtrada por una lejana claraboya, una masa informe, grande, sombría, que, después supimos, era un archivo guardado en enormes cajones.

Nuestras raras visitas fueron siempre recibidas con prolongados aullidos que partían desde lo más profundo de aquel antro oscuro, especie de caverna, espejo de catacumba: era la recepción hostil de una numerosa familia de gatos que crecía en la mayor holganza y en la más amplia libertad, aumentando en número y fiereza a medida que las generaciones se iban sucediendo. Tal fué el salvajismo de estos huéspedes, que antes de ubicarse allí el Museo fué necesario proceder a una limpieza general de estas fieras, ordenándose la pena capital para todas.

En un ambiente así, modesto, bastante original y casi con la misma rareza de los que aquí venimos, atraídos no sé por qué pero en todo caso con cierto lirismo que más de una vez despertó sospechas y sonrisas entre los estudiantes de otras facultades que se tienen por más prácticas y positivas, en este ambiente,, digo, transcurrieron los primeros años, vacilantes, de esta nueva institución.

Con la lentitud exigida por las circunstancias se iban llenando los claros visibles, dotando las nuevas cátedras en la medida de las necesidades crecientes. Fué así que, por primera vez en la América del Sur nuestra Facultad de Filosofía y Letras incluyó en sus planes, los estudios de Arqueología Americana. Pero la enseñanza de esta materia era, sin duda, deficiente. No bastaba explicar los restos industriales abandonados en tierras más o menos lejanas por nuestros aborígenes para determinar así caracteres culturales o parentesco de civilizaciones muertas o prácticas y costumbres determinantes de un dado estado social.

Y fué, precisamente, notando esta falla, en un examen de Arqueología, que el doctor Norberto Piñero tuvo la idea clara de la creación de este Museo Etnográfico que después de 14 años su fundador acaba de abrirlo al público.

Por ordenanza del 8 de abril de 1904 quedó, pues, fundado el Museo «para reunir entre otras cosas los materiales que fueran recogiendo en las distintas exploraciones que se llevaran a cabo». Se iniciaron las colecciones arqueológicas con 16 piezas de bronce, calchaquíes y peruanas, donadas generosamente por el doctor Indalecio Gómez.

El Museo empezaba a ser una realidad, pero faltaba el especialista que de alma se entregara al cuidado de su crecimiento. No fué difícil hallarle. Indicado Ambrosetti con el aplauso y apoyo de todos inició de inmediato la tarea, trazó los primeros planes de expediciones arqueológicas, bosquejó proyectos y con toda la energía y amor de que era capaz empezó a guiar por seguros caminos la institución que en pocos años habría de llegar a adquirir la importancia que actualmente tiene.

En 1905 partió la primera expedición arqueológica de esta Facultad con destino a Pampa Grande, en la provincia de Salta. Iba bajo la dirección de Ambrosetti y tomaron parte en ella profesores, entre otros Bunge, cuya prematura desaparición deploramos, y alumnos que demostraban interés por esta clase de investigaciones. Con este viaje se iniciaron los estudios sistemáticos del N. O. Argentino que, si bien eran ya numerosos, carecían de la documentación pertinente que se exige en disciplinas de esa naturaleza.

El material arqueológico reunido y documentado con riguroso método fué abundante y dió motivo para la publicación de la primera monografía de la sección antropológica, donde se encuentran consignados los resultados de esta exploración y planteados algunos problemas cuya solución está pendiente todavía.

Desde entonces no se interrumpieron los viajes anuales: fueron unos a la grandiosa ciudad prehistórica de la Paya, en el corazón del valle Calchaquí; fueron otros el sorprendente Pucará de Tilcara, en la Quebrada de Humahuaca; otros a los lejanos e inhospitalarios valles catamarqueños, o las casi inaccesibles mesetas tucumanas o a las planicies pampeanas o a las solitarias sierras magallánicas o a las pantanosas islas del delta del Paraná. En todos, la dirección de Ambrosetti, su tesón, su resistencia y su amor profundo por las viejas cosas de nuestra tierra dieron los resultados que todos conocemos y que ya se han vulgarizado en buenos libros que están al alcance de todos.

En esta transformación de los estudios de nuestra prehistoria, honroso es declararlo, gran participación ha tenido esta casa al través de su Museo y de la labor que de continuo realiza.

Los progresos del Museo fueron tan rápidos que el mismo Ambrosetti, en 1912, en el informe pasado al señor decano, declaraba sorprendido que en 6 años de trabajos se habían logrado reunir colecciones documentadas cuyas piezas ascendían a 12.156; cinco años después de aquella fecha

cuenta nuestro museo con 27.000 ejemplares arqueológicos y etnográficos.

En estas series, como podrá observarse, predominan las de carácter argentino y americano, sin que ello signifique que se hayan descuidado las procedencias de otras regiones geográficas. Creo oportuno declarar que debemos dedicarnos preferentemente al estudio de nuestro país; a reunir todo aquel material que está disperso en colecciones privadas y que, por lo tanto, no prestan ningún señalado servicio. Las exploraciones deben continuarse con mayor intensidad, debiendo ellas conducirnos a la confección de una futura carta arqueológica tan indispensable como nuestra carta geográfica. Este trabajo, ya realizado en parte, debe completarse, para lo cual reclamamos el auxilio y la colaboración de todos, porque no hay dato desdeñable ni objeto que no tenga un valor.

La realización de este plan nos pondrá en inmejorables condiciones para llevar nuestros proyectos de viajes y exploraciones más allá de nuestras fronteras, a regiones vírgenes aún, donde, sospecho, hallaremos más de una sorpresa y aclararemos más de un secreto. Será necesario entonces que nuestra acción sea conjunta con las de otros países, los limítrofes especialmente; de lo contrario rondaremos alrededor del problema de las culturas locales. Debemos ir más allá, en busca de las grandes correlaciones para plantear en ese terreno el problema artificial de los orígenes de la industria del hombre americano.

En lo que se refiere a la investigación arqueológica del Noroeste Argentino bastante se ha avanzado. Sorprendentes descubrimientos han venido a evidenciar que las culturas que allí campearon no son sincrónicas; que se sucedieron separadas entre sí por largos espacios de tiempos y que en sus desarrollos no fueron impulsadas por los mismos principios. La superposición de civilizaciones caracterizadas; la evolución de algunas a expensas de elementos propios o extraños; las afinidades que guardan entre sí muchas de ellas son ya fenómenos puntualizados en nuestra abundante literatura arqueológica, a la cual este Museo ha contribuido con 15 monografías que constituyen un cuerpo prodigamente documentado de casi todo el material descubierto en sus 14 expediciones anuales en los 35 yacimientos arqueológicos argentinos y estudiados.

Ha sido, precisamente, esta contribución silenciosa que ha dado a nuestro Museo, cuyo espíritu fuera Ambrosetti, el renombre que goza, sobre todo en el extranjero, donde no se ignora su existencia y donde se avaloran, en verdad, sus tesoros. Estoy seguro que nosotros hemos sido los últimos en conocerlo, lo cual, como en nuestras cuestiones personales o de círculo, nos conducirá a tomar medidas para conocerlo mejor.

Ningún hombre de ciencia extranjero que pasó por aquí dejó de interesarse por este modesto Museo que, en 1910, fué sede de congresos, en los torneos científicos de nuestro primer centenario de libertad. Sabios de distintas partes del mundo se congregaron aquí, bajo este techo pródigo; todo fué sometido a su examen y estudio, a todos se facilitaron los datos

pertinentes y todos trabajaron unidos por el mismo común amor a las ciencias que una misma finalidad persiguen.

El crecimiento del Museo y la incesante acumulación de colecciones nuevas había de chocar inevitablemente con la estrechez del espacio. Hoy podemos decir que su situación es afligente. Ha sido necesario abstraer a la exposición alrededor de 10.000 piezas, substracción que irá en aumento a medida que el tiempo transcurra, pues entendemos que no es posible mantener museos cristalizados. Hacia la realización de este fin hónrame repetir las palabras de mi maestro y amigo: es necesario pensar en el porvenir de este Museo, destinado a adquirir especial importancia entre nuestras instituciones científicas.

Y agregó yo con el entusiasmo de mi ilustre predecesor ¿no habrá llegado el momento de pensar en la fundación de un gran Museo Etnográfico con el concurso de aquellas instituciones que, por tener otros fines o atender otros caracteres, lo arqueológico o etnográfico resulta exótico en ellos?

He aquí expuestos, con la brevedad a que obliga la seriedad de la hora que conmemoramos, los más importantes antecedentes del Museo, los problemas que suscita y la acción eficaz y sabia de su primer director, que supo guiarlo con paso seguro y firme hasta este plano de sólida estabilidad.

Y así, con esta noción clara de lo que nos es propio, lentamente iremos aproximándonos al conocimiento exacto de nuestras formas culturales más arcaicas y aunque, posiblemente, no lleguemos nunca a adquirir la noción del íntimo secreto que pudo presidir el desarrollo de nuestras civilizaciones muertas o su punto de arranque en la órbita que habría de recorrer, llegaremos, estoy seguro, a aproximarnos tanto a estas incógnitas, que su contacto bastará para abrirnos nuevos caminos bajo nuevos horizontes.

No quiero con esto afirmar que estemos cerca de esta etapa final de la arqueología argentina. No. Apenas, podemos decir, que vamos jalando la comarca y que cada jalón puesto sobre el terreno constituye un puesto estratégico en este hermoso avance general de la ciencia cuyo movimiento para nadie pasa inadvertido.

Necesitamos refuerzos en nuestras filas y cohesión en nuestra táctica que es una, y sólo una, no porque las conquistas sean difíciles, sino porque el campo de nuestras operaciones es demasiado vasto y cada soldado que cae, como el que ayer cayó y que hoy, después de un año, nos hace sentir la amarga nostalgia de su eterna ausencia, necesita una falange de reclutas para que, adiestrándose, pasen mañana a primera fila donde serán llamados inexorablemente al fuego que, por ventura humana, libra la ciencia sin descanso desde el día de su nacimiento.

Necesitamos la contribución de cada uno en cualquier forma, porque en este laboratorio de trabajos y de ideas no hay desperdicios y en el crisol de la ciencia no quedan residuos inútiles adheridos en la concavidad de su fondo.

Yo aseguro a los jóvenes estudiantes que me escuchan que las jornadas no son tan largas ni tan escabroso es el camino. En ellos se encuentran fuentes que deleitan porque no engañan y oasis donde hay sombras que reparan y descansos que rehacen las fuerzas. Sólo basta tener el empuje inicial, la voluntad firme de no volver las espaldas y la valentía de dar el primer paso. Y para ello creo que la mejor escuela se encontrará en este Museo, cuyas colecciones hoy provocarán un sentimiento de curiosidad, mañana una preocupación y luego el gran deseo de su completo conocimiento. Y por ello abrimos de par en par sus puertas para que entren todos los que amen la verdad y quieran, por lo tanto, aprender a saber.

Y hoy, al cerrar el paréntesis de la actuación del que fuera su primer director, vayan a él los honores de la primera jornada cuya gestión contó en todo momento con el decidido apoyo de las autoridades universitarias; vuelen hasta él nuestros recuerdos, porque así lo reclaman la justicia y el amor; y al entregar al mundo esta casa, entregamos también un pedazo del alma del doctor Juan Ambrosetti.

He dicho.

A continuación el señor Jorge Rohde, en nombre del Centro de Estudiantes de la casa, hizo entrega del busto del doctor Ambrosetti en los términos siguientes:

Señor Rector; Señor Decano; Señoras; Señores:

Hugo Foscolo, en el más sombrío de sus cantos, deplora a ciertas existencias humanas que al hundirse en la muerte se cubren de mortal olvido: pues nadie recuerda su memoria, gris como su vida, ni frecuenta su tumba miserable. En cambio, el gran poeta de Italia, saluda en cívico verso a quien dejó altísimos hechos por herencia, perpetuados en el idioma o en el bronce, alzándose, con nueva e inmortal vida, desde el seno mismo del sepulcro — donde huye hasta la esperanza, última diosa, — para ser ejemplo de su generación y de las generaciones venideras.

Los que estáis congregados en esta sala, y habéis admirado la obra fecunda de don Juan B. Ambrosetti, y aprendido su enseñanza, decidme, si la musa del cantor de los «Sepulcros» no encontraría a uno de los suyos, en este lugar consagrado por la muerte y vivificado por el estudio y la constancia.

Estas piedras, que ahora contemplamos, estos instrumentos, patinados por el tiempo, que fueron filosas armas para derribar montes y defender existencias, tienen vida más perdurable que el bronce de la oda del anti-guo, porque en ellos se anima el esfuerzo del hombre que los desentrañó de la hondonada de nuestros valles calchaqufes, o de la planicie de nuestras pampas; pues fué el doctor Ambrosetti quien clasificó y estudió — en rudas alboradas, — con amor de artista y paciencia de sabio, los dispersos eslabones que nos vinculan al pasado aborigen, cuyos dioses seducen como los del Olimpo de las razas gloriosas, y cuyo arte primitivo de vistosos y abigarrados tonos, hace soñar, con el sueño de los prerrafae-

listas, en un posible renacimiento estético: nutrido con savia de la tierra india y coronado por la civilización greco-latina: de fulgor amplio y eterno.

Señores, honrado por el «Centro de Filosofía y Letras», cuya representación asumo en este instante, os dirijo estas palabras al inaugurar en su nombre el busto del doctor Ambrosetti, obra de un joven escultor argentino; que en él perdure el cariño que los estudiantes de la casa profesaron a su maestro, y simbolice, en este rincón sereno del Buenos Aires mercantil y bullicioso, el ideal de una vida entregada con amor a las nobles disciplinas del largo estudio.

LIGA PRO LEY LEY PROFESORADO SECUNDARIO.—Accediendo a lo que en ella se solicita, transcribimos la siguiente comunicación recibida de esta Liga:
ella se solicita, transcribimos la siguiente comunicación recibida de esta Liga:

Señor Director de la Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

Estimado señor:

La Liga «Pro Ley del Profesorado de Enseñanza Secundaria», a la que se habían adheridos los centros estudiantiles cuya nómina figura impresa en la presente y los del Instituto Superior de Educación Física y Academia Nacional de Bellas Artes, ha constituido, para el año presente, su mesa directiva en la siguiente forma: Secretario General, F. Villafior; Secretario de Actas, N. Rosendaser; Tesorero, P. Díaz, de la Facultad de Filosofía y Letras, Instituto del Profesorado de Enseñanza Secundaria y Academia de Bellas Artes, respectivamente.

Ante el extraño y arraigado criterio de nuestros gobernantes, puesto de manifiesto al olvidar que el estado emplea anualmente ingentes sumas en el mantenimiento de instituciones destinadas a proporcionar a la enseñanza secundaria, el personal idóneo necesario, y al llenar la generalidad de las cátedras vacantes de elementos ajenos a la profesión, con grave perjuicio de la instrucción pública confiada a personal adventicio e improvisado y el consiguiente desaliento de los profesionales, que defraudados en sus legítimas esperanzas y vocación, vense obligados a buscar, fuera de la docencia, campo para sus actividades; ha resuelto esta liga intensificar los trabajos y gestiones, que tendientes a modificar tal estado de cosas hicieran necesaria su fundación.

Esta paradójica situación, verdaderamente inexplicable para el extranjero culto que desconociera nuestro triste ambiente político, ha sido mantenido, con notísimas excepciones, por todos los ministros de instrucción pública que ha padecido nuestro país. Incongruencia reprochable que extremada en otras esferas, se ofrecería en el hecho, no más extravagante